



TESTIMONIOS

Testimonio de Benedicto XVI, en respuesta a la pregunta que le formula un joven, preparando el Encuentro de Colonia.

– Santidad, me llamo Vittorio; soy de la parroquia de San Juan Bosco en Cinecittà; tengo 20 años y estudio ciencias de la educación en la universidad de Tor Vergata.

En su Mensaje nos invita a no tener miedo de responder con generosidad al Señor, especialmente cuando propone seguirlo en la vida consagrada o en la vida sacerdotal. Nos dice que no tengamos miedo, que nos fiemos de él y que no quedemos defraudados. Estoy convencido de que muchos de los que estamos aquí, y muchos de los que nos siguen desde su casa a través de la televisión, están pensando en seguir a Jesús por un camino de especial consagración, pero no siempre es fácil descubrir si ese es el camino correcto. **¿Nos quiere decir cómo descubrió usted cuál era su vocación? ¿Puede darnos consejos para comprender mejor si el Señor nos llama a seguirlo en la vida consagrada o sacerdotal? Muchas gracias.**

– Por lo que a mí se refiere, crecí en un mundo muy diferente del actual, pero, en definitiva, las situaciones son semejantes. Por una parte, existía aún la situación de “cristiandad”, en la que era normal ir a la iglesia y aceptar la fe como la revelación de Dios y tratar de vivir según la revelación; por otra, estaba el régimen nazi, que afirmaba con voz muy fuerte: “En la nueva Alemania no habrá ya sacerdotes, no habrá ya vida consagrada, no necesitamos ya a esta gente; buscaos otra profesión”.

Pero precisamente al escuchar esas “fuertes” voces, ante la brutalidad de aquel sistema tan inhumano, comprendí que, por el contrario, había una gran necesidad de sacerdotes. Este contraste, el ver aquella cultura antihumana, me confirmó en la



convicción de que el Señor, el Evangelio, la fe, nos indicaban el camino correcto y nosotros debíamos esforzarnos por lograr que sobreviviera ese camino.

En esa situación, la vocación al sacerdocio creció casi naturalmente junto conmigo y sin grandes acontecimientos de conversión. Además, en este camino me ayudaron dos cosas: ya desde mi adolescencia, con la ayuda de mis padres y del párroco, descubrí la belleza de la liturgia y siempre la he amado, porque sentía que en ella se nos presenta la belleza divina y se abre ante nosotros el cielo. El segundo elemento fue el descubrimiento de la belleza del conocer, el conocer a Dios, la sagrada Escritura, gracias a la cual es posible introducirse en la gran aventura del diálogo con Dios que es la teología. Así, fue una alegría entrar en este trabajo milenario de la teología, en esta celebración de la liturgia, en la que Dios está con nosotros y hace fiesta juntamente con nosotros.

Como es natural, no faltaron dificultades. Me preguntaba si tenía realmente la capacidad de vivir durante toda mi vida el celibato. Al ser un hombre de formación teórica y no práctica, sabía también que no basta amar la teología para ser un buen sacerdote, sino que es necesario estar siempre disponible con respecto a los jóvenes, a los ancianos, a los enfermos, a los pobres; es necesario ser sencillos con los sencillos. La teología es hermosa, pero también es necesaria la sencillez de la palabra y de la vida cristiana. Así pues, me preguntaba: ¿seré capaz de vivir todo esto y no ser unilateral, sólo un teólogo? Pero el Señor me ayudó; y me ayudó, sobre todo, la compañía de los amigos, de buenos sacerdotes y maestros.

Volviendo a la pregunta, pienso que es importante estar atentos a los gestos del Señor en nuestro camino. Él nos habla a través de acontecimientos, a través de personas, a través de encuentros; y es preciso estar atentos a todo esto. Luego, segundo punto, entrar realmente en amistad con Jesús, en una relación personal con él; no debemos limitarnos a saber quién es Jesús a través de los demás o de los libros, sino que debemos vivir una relación cada vez más profunda de amistad personal con él, en la que podemos comenzar a descubrir lo que él nos pide.

Luego, debo prestar atención a lo que soy, a mis posibilidades: por una parte, valentía; y, por otra, humildad, confianza y apertura, también con la ayuda de los amigos, de la autoridad de la Iglesia y también de los sacerdotes, de las familias. ¿Qué quiere el Señor de mí? Ciertamente, eso sigue siendo siempre una gran aventura, pero sólo podemos realizarnos en la vida si tenemos la valentía de afrontar la aventura, la confianza en que el Señor no me dejará solo, en que el Señor me acompañará, me ayudará.



"Conquistado por Jesús". Testimonio del Card. Marc Ouellet, arzobispo de Québec y Primado de Canadá.

3

TESTIMONIOS

A la edad de 18 años me interesaba el deporte y era bastante sordo a la llamada de Dios, pero como para San Ignacio de Loyola, también para mí una pierna rota cambió el curso de mi vida. Empecé a reflexionar sobre el "Seguimiento de Cristo" y a meditar en la "Introducción a la vida devota" de San Francisco de Sales. Dios me llevó pues a pensar en el sacerdocio, despertando en mí el deseo de ayudar al prójimo a descubrir el sentido religioso de la vida.

Fui el tercero de ocho hijos de una familia cristiana. Mis padres y mis abuelos se encontraban entre los pioneros de Abitini, una región minera en el Noroeste de la provincia de Québec. La atmósfera de fe y libertad que he encontrado en mi familia ha sido para mí un apoyo en mi vocación. Cuando era joven me fascinaba la astronomía, la historia y la literatura. La caza, la pesca y también el hockey sobre hielo, deporte nacional de los canadienses, me entusiasmaban.

Debo mucho a un sacerdote ejemplar, que fue durante algunos años mi director espiritual y que me llevó al Seminario de Montreal. Gracias a él y a mis formadores en el seminario "St. Sulpice" aprendí a amar a Jesús, que en el evangelio de Juan dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6). Un pequeño libro de Hans Urs von Baltasar, titulado "El corazón del mundo", determinó por fin mi espiritualidad y mis estudios teológicos.

El día de mi ordenación sacerdotal, una palabra de San Pablo me conquistó ya para todo el resto de mi vida: "No que lo tenga ya conseguido o que sea perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús" (Flp 3, 12). Estas palabras me han acompañado primero como vice-párroco de mi parroquia en mi diócesis, luego como misionero, después como profesor de filosofía y teología, más tarde en la construcción del diálogo ecuménico y ahora como obispo de la diócesis de Québec. Desde el punto de vista de mi ministerio, tengo realmente la impresión de ser empujado de una tarea a otra y de una cultura a otra. Desde el punto de vista de mi vida espiritual, el juicio me resulta difícil, pero sé que Dios me llama de improviso y por caminos a veces dolorosos, a estar cada vez más disponible, teniendo presente el "premio que Dios nos llama a recibir en Jesús" (Flp 3, 14).





4 TESTIMONIOS

Cuando fui ordenado sacerdote en mayo de 1968, comencé mi servicio sacerdotal en un periodo de protesta general, que hubiera podido distraerme o incluso sacarme de mi camino, como le sucedió a muchos sacerdotes y religiosos en esa época. Mi experiencia como misionero, la amistad entre los sacerdotes y la cercanía con los pobres me ayudaron a superar las turbulencia de los años después del Concilio.

Después de veinte años en el seminario “St. Sulpice”, el Santo Padre me llamó a Roma para enseñar, en el instituto “Juan Pablo II”, la doctrina sobre el matrimonio y la familia y para formar parte, más tarde, del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. La estancia en la Ciudad Eterna despertó en mí la llamada de profundizar aún más en mi seguimiento de Cristo y de vivir según los consejos evangélicos.

Reflexionando sobre mi vocación debo constatar que mis planes se han visto, a menudo, cambiados. La experiencia de la pierna rota se ha repetido de formas diversas en varias ocasiones y he tenido que aprender a obedecer a Dios y a la Iglesia en la fe. Esta sumisión afectuosa, que se nutre en la fuente de la oración, me da una gran libertad. Aunque con frecuencia tengo la sensación de que mis tareas superan mis capacidades, la libertad que proviene de la fe supera mis dudas, mis límites y mis errores. El amor de Cristo que me ha conquistado, me conduce siempre de nuevo, en la alegría de la fe, a superarme a mí mismo.

Hoy doy gracias a Dios por haberme elegido en su gran misericordia y soy feliz de poder decir a los seminaristas de la Jornada Mundial de la Juventud 2005, que la vocación sacerdotal, incluida la promesa del celibato hecha por amor, es un modo maravilloso de realizarse y de servir al prójimo llevándoles a Jesús.

Marc Ouellet
Arzobispo de Québec y Primado de Canadá

Testimonio de Peter Rieve, seminarista de la archidiócesis de Colonia



Venerado Santo Padre:

Han pasado ya casi cinco años desde la primera vez que tuve la oportunidad de verle en Roma. En un breve coloquio me preguntó si era seminarista. Entonces tuve que responder que “no” a su pregunta. Hoy, por el contrario, me encuentro ante usted como candidato al sacerdocio de la archidiócesis de Colonia, para contarle mi vocación.

La esencia de esta vocación es en el fondo indecible, un secreto entre Dios que llama y el propio yo, en el que ciertamente puedo entrar en profundidad pero probablemente no podré nunca llegar a comprender totalmente, por no hablar de la incapacidad de expresarlo ahora con palabras adecuadas. Quisiera, al menos, intentar señalar algunas etapas de mi vocación.

En primer lugar está el influjo de mi parroquia de procedencia, donde participaba activamente como monaguillo, en el acompañamiento musical sacro y en los grupos juveniles. Quisiera mencionar, de modo particular, a los sacerdotes que allí pude conocer. El auténtico testimonio de su sencilla vida sacerdotal continúa siendo para mí hoy un punto de referencia.

Tengo la suerte de que en mi parroquia, en el curso de los últimos años han nacido una serie de vocaciones sacerdotales; en los últimos 30 años han sido siete. Así he podido experimentar cómo entre los jóvenes amigos hubo quien tomaba en serio la propia vocación. Su cercanía ha constituido para mí una gran ayuda en mi camino vocacional, hasta el día de hoy.

Ya antes de terminar los estudios en el instituto había pensado seriamente emprender un camino de consagración. Pero en ese momento no me sentía capaz de tomar una decisión existencial de tal alcance. Así comencé, en un primer momento, a estudiar en un ámbito técnico, finalizando los estudios con el doctorado. He trabajado cerca de diez años como ingeniero y, entre otras cosas, como cofundador y responsable de una empresa.



6 TESTIMONIOS

Pero, con el paso de los años, las dudas de si el camino escogido era el correcto, se hacían cada vez más fuertes “¿Qué es lo que me mueve en mi vida?” “¿Qué quiere Dios de mi vida?” Estas preguntas me venían constantemente, hasta que no se consolidó en mí la convicción de que Dios tenía otros planes para mí. Pero debido a mi responsabilidad profesional me veía obligado a posponer, de momento, la realización de mi vocación. Solamente algo más tarde se abrió un camino.

También en este periodo me planteaba algunas preguntas: “¿Puedo renunciar a la seguridad de la profesión y romper los puentes detrás de mí?” Dejar las cosas conocidas y comenzar de nuevo a la edad de 35 años no era una decisión fácil. Pero, confiando en Dios que nos ha prometido su ayuda, decidí al fin dar este paso.

Desde hace ya dos años he emprendido el camino que me ha permitido madurar mi vocación y hacer un análisis crítico. También ahora me veo confortado con la certeza de que Dios me conducirá en el futuro por su camino.

Peter Rieve



Un sacerdote. Don Alexander Fix. Astana (Kazajstán)

7

TESTIMONIOS

He sido elegido para hablar de mi vocación personal al sacerdocio. Toda vocación es única y particular.

Nací en una pequeña aldea de Kazajstán en 1971. Fui educado por mis padres y abuelos. Mis abuelos, en particular mi abuela, conservaban una fe profunda y sólida a pesar de las fuertes persecuciones. Cuando era pequeño, oí hablar de Jesús a mi abuela. De ella aprendí algunas oraciones, pero al frecuentar la escuela perdí mi fe. Eran los tiempos del régimen comunista de la Unión Soviética. Los profesores normalmente me preguntaban: “¿Durante cuántos años ha ido tu abuela a la escuela?” Yo contestaba: “Dos”. Y ellos me decían: “¿Ves?, tú ahora ya has frecuentado más años que tu abuela la escuela. Has aprendido mucho más y no necesitas creer en Dios”. Y la autoridad de los profesores acabó con mi fe. De este modo crecí como un ateo.

Como muchos jóvenes de la Unión Soviética, me preguntaba qué camino tomaría de cara al futuro, al finalizar la escuela. Decidí frecuentar la academia militar para llegar a ser oficial. Fui aceptado en la academia militar en Siberia, en la que pasé dos años. En aquellos años vi la corrupción y la maldad del sistema, en particular en las fuerzas armadas. Los soldados se odiaban entre ellos y el odio caracterizaba también las relaciones entre soldados y oficiales. Muchos oficiales hacían carrera sin importarles los demás. Comprendí que este no era mi camino.

Entendí que eran cosas bien distintas ver la armada roja por televisión y formar parte personalmente de la misma. Pero en aquellos tiempos se ponían muchas dificultades a los cadetes que querían abandonar la armada, precisamente para atemorizar a otros que tenían el mismo pensamiento.

Con motivo de una visita a mis abuelos, le conté a mi abuela la situación y mis dificultades. Ella me dijo: “Hijo mío, debes rezar y el buen Dios te ayudará”. Estas palabras sencillas de mi abuela, dichas en la situación en que me encontraba, fueron para mí como un “golpe de gracia”. Copié el ‘Padre Nuestro’ y el ‘Ave María’ y empecé a rezar. Rezaba durante el servicio nocturno en la armada y empecé a sentir la presencia de Dios de una manera tan intensa que me dije a mí mismo: “¿Qué estúpido he sido al no creer en Dios!”. Conseguí terminar mi servicio militar felizmente y volví a casa. Paso a paso comencé a adentrarme cada vez más en la fe, rezando el rosario y leyendo la Biblia. Después de dos años, sentí en mi corazón la llamada al sacerdocio.

Fui ordenado sacerdote en el 2001 en Astana, capital de Kazajstán.

Alexander Fix





Jesús está ahora en el sexto año de Seminario, tiene 23 años, y nos cuenta así cómo le llamó el Señor:

Yo nací en una familia numerosa, que me enseñó los contenidos de la fe, pero de la que no supe aprender a vivir la relación con Dios. Por eso fui creciendo como si Dios no existiera y no tuviera nada que ver con mi vida.

Ya desde pequeño empecé a meterme en serios líos. A los once años me dedicaba a robar chapas de coches para venderlas en el rastro y a forzar las cerraduras de los coches. Desde muy pronto me pasaba el día en la calle, y no paraba por casa.

Cuando estaba en octavo, iba con los amigos a un parque donde, desde unos matorrales disparábamos a la gente que iba por la calle con una pistola de aire comprimido que habíamos arreglado para que hiciese más daño. También llenábamos de agua las bolsas negras “para los perros” y concursábamos a ver quién acertaba a la gente que pasaba por la calle; en internet nos dedicábamos a mirar páginas “inapropiadas”, etc. También empecé a salir con una chica del pueblo, y no era un modelo de pureza.

Cuento esto para que veáis que era un chico “normal”, y no exactamente un modelo de comportamiento.

Pero a la vez que llevaba esta vida turbulenta, iba creciendo en mi interior una sensación de vacío. Tenía sólo quince años, pero veía cómo mi vida carecía de sentido, y me angustiaba ante el vacío que hallaba en mi interior. Muchos días me ponía a llorar sólo de ver lo absurda que era mi vida, y cómo no había nada que la llenara. Fueron años de mucho salir por ahí, muchas maldades, mucha diversión... y mucha tristeza. No quería enfrentarme a mi verdad.

El año noventa y ocho me fui de campamento con la parroquia, y allí pude cambiar de amigos. Empecé a salir con una chica que se llamaba Lola, muy buena y muy guapa -para qué lo vamos a negar-, y mi vida empezó a cambiar, porque ya no salía por ahí para hacer chorradas con mis amigos; ahí empezó una amistad de verdad.

Y aquel septiembre sucedió el cambio de mi vida. Yo me aburría, y decidí leer un tebeo sobre la vida de San Agustín. Él había nacido en una familia cuya madre era cristiana, pero no se bautizó, y empezó a vivir una vida de diversión, triunfo y chicas. Pero se sentía vacío, y empezó a buscar la verdad. Y tras mucho sufrir y mucho buscar, se encontró con Dios, y su vida cambió, y pasó de ser un vividor a ser sacerdote, obispo y santo. Cuando yo leí esto



me sentí muy identificado con él, y me pregunté: ¿quién es este Dios que cambia así la vida de la gente? Y en ese momento, Dios se me hizo presente internamente, sentí su presencia, y me di cuenta de que Él me había creado y de que me había amado hasta encarnarse y dar su vida por mí, y sólo me pedía que yo le amase a él.

Cuando caí en la cuenta del amor que Dios me tenía, todo mi interior se resquebrajó y empecé a amar a Dios y a vivir orando y hablado con él, dándome cuenta de que yo no podía vivir como si Dios no existiese.

En mi corazón quedó una inquietud, como una voz que me decía: “yo quiero que seas sacerdote”. Nunca me había planteado semejante cosa, y lo primero que dije fue... que no.

Pero con el tiempo, aquella inquietud se fue perfilando. Y hubo sobre todo una cosa que me hizo darme cuenta de que Dios me quería todo para él. Conocí a un chaval que iba siempre de negro -del que me hice muy amigo- y que me decía que su vida no tenía sentido, que todo era absurdo para él. Era lo mismo que yo sentía antes de conocer a Jesucristo. Entonces comencé a hablar con él para transmitirle la felicidad que yo había encontrado en Dios. En una ocasión llegó a decirme: “a mi la vida no me da nada; no me importaría morirme”. Aquellas palabras se me clavaron en el alma, y aquella noche, mientras oraba y lloraba en presencia de Dios, me di cuenta de que había muchos en el mundo que, como ese chaval, no tenían sentido en su vida, aunque no se diesen ni cuenta, y noté cómo Dios me pedía que me entregase del todo a la misión de llevar el evangelio a los que no lo conocen.

Entonces decidí ser sacerdote.

Pero como no me atrevía a decírselo a mi novia, le dije a Dios: “Si realmente quieres que sea sacerdote, tú harás que ella lo deje conmigo”. Y le faltó tiempo. Al poco fue ella la que me dijo que quería dejarlo conmigo, porque... ¡veía que Dios me llamaba a sacerdote, y que era más de Dios que de ella!

Fue la última prueba que necesité.

Dije que sí, y desde entonces soy la persona más feliz del mundo; he podido experimentar que merece la pena dar la vida por Jesucristo, porque sólo él tiene el secreto de la felicidad verdadera. Si escuchas la voz de Dios que te llama, no seas tonto: ¡dí que sí!

Jesús Silva Castignani



Pedro José acaba de ordenarse diácono, tiene 24 años, y cuando era muy pequeño quería ser misionero, pero... lee, lee:

Siempre me he considerado un apasionado por la vida. Nací en Madrid el 19 de febrero de 1982, poco antes que Naranjito, y en tres años era ya el mayor de cuatro hermanos.

Los recuerdos de mi infancia son de una casa de locos porque los cuatro hermanos lo poníamos todo patas arriba, y creo que mi madre se ganó la santidad ya en esa época.

De siempre me encantó la música, el cine, tener amigos, aprendí a tocar un poco el piano y otro poco la guitarra. Vivía con emoción los partidos de fútbol, sobre todo los derbies porque mis padres son del Real Madrid y yo del Atleti.

Pero lo que más me llamaba la atención era que las familias que conocía en la parroquia tenían una alegría especial. Las personas mayores, ancianitos muchas veces enfermos o con dolor a la espalda, me daban lecciones de alegría, incluso más que mis amigos. El modo como trataban los papás a los otros niños no era igual, y me encantaba el sacerdote mayor de la misa de niños.

Así fue como tomé la decisión deirme de misionero. Tenía que contar a todas las personas del mundo cómo Jesús hacía felices a todas las familias de mi parroquia. Contaba 11 ó 12 años y senté a mi madre en mi cama para prevenirla: “Mamá, quiero que sepas que un día me iré de misiones a un país muy lejano, y ya no nos veremos más”.

Mi madre no se tiró de los pelos ni se desesperó, sino que me acarició y me dijo que no debía esperar más, sino que empezase a anunciar a Jesús por mi barrio (el Parque de las Avenidas), a mis amigos del colegio. Que ser miembro de la Iglesia era ser misionero.

Mi adolescencia fue muy difícil, mis amigos no estaban por la labor de dejarme hablarles de Jesús y casi renuncié a mis proyectos, salvo cuando los domingos iba a misa. Es una etapa de crisis en mi vida.

Todo cambió cuando el sacerdote mayor de mi parroquia me pidió que empezara a dar catequesis. Apenas con 15 ó 16 años ya daba catequesis a niños, y esto



me volvió a mostrar que yo debía transmitir tantos milagros de los que había sido testigo en mi casa y en mi parroquia.

Cambié de amigos, pues hice muchos amigos entre los catequistas jóvenes de mi parroquia. Me dejé acompañar por el sacerdote. Comencé a experimentar cuánto bien hace el sacramento del perdón. Encontré en la Eucaristía un encuentro precioso con Jesús que viene a nosotros con todo su amor.

Y así, en mitad de algunas movidas (pues en mi cabeza estaba hecho un lío) de pronto quiso Jesús hacerme entender que me estaba enamorando. Mi vocación estaba sirviendo a su Iglesia. Amándola como la ama él: "Celebra los sacramentos para mi Iglesia", "acompaña a tus hermanos en su experiencia cotidiana de Dios", "anuncia mi Resurrección a todos los hombres"...

... me costó reconocerlo, pasé por algunos miedos, por discusiones con él... pero su llamada era clara y tremendamente atractiva. Por eso entré al seminario. Quería seguirle fuese donde fuese.

Y cada día desde aquel domingo de octubre en el que comencé a intuir que me llamaba a ser sacerdote me acosté más emocionado por los milagros que voy viendo, me levanto más feliz de estar pudiendo responder a su llamada, vivo más ilusionado por ser suyo, y, por él, de todas las personas, hombres, mujeres, niños o ancianos, por las que él ya ha dado la vida.

Pedro José Lamata Molina



David López Corrales

12

TESTIMONIOS

A la pregunta de ¿Por qué ser sacerdote?, sólo puedo contestar compartiéndoo mi historia, ya que no podemos entender una vocación sin su relación con una historia personal, que Dios ha hecho por su Amor y Gracia Historia de Salvación.

Por lo tanto presentado el protagonista principal de esta historia, que no puede ser otro que Dios, queda concretar cómo ha ido él concretando en mi vida ese plan salvador, qué pensó y quiso para mí, qué tiene y quiere para cada uno de nosotros desde siempre. Este plan que no es otro que el desarrollo de nuestro ser “Imagen y Semejanza” suya, a imagen de Cristo hombre perfecto, en el proyecto que él tiene para cada uno y que en nuestro encuentro amoroso con él nos va desvelando.

Para este camino, Dios me regaló una familia, donde me dieron la vida y con su amor me hicieron persona, dando respuesta en ese encuentro personal a mí ¿Quién soy yo?

A esta pregunta mi padre y mi madre con su amor, me hicieron hijo, mi hermano con su amor fraternal me hizo hermano, y mis abuelos, tíos y primos con su amor, me hicieron miembro de una familia, donde poder crecer, donde poder ser hombre con la dignidad que ello supone. Me acompañaron para salir al encuentro de ese Dios, al que aprendí a adorar y amar a su lado. En este punto recuerdo como fundamental para descubrir el amor de Dios, la compañía de mi abuelo, con el que empecé a ser monaguillo y a descubrir la importancia de la celebración de la Eucaristía.

También puso personas en el colegio de Franciscanos de Usera donde estudié, que me fueron mostrando una vocación, a la que el Señor por medio de ellos me fue llamando. Recuerdo con emoción lo que me cuestionó de pequeño, la primera vez que escuché a un sacerdote hablar de su vocación. Recuerdo cómo ardió mi corazón, en 3º de BUP, cuando en una Semana Santa pude profundizar, en ese Amor apasionado que Dios nos tiene, y como ese amor que subió a la cruz por mí, fue trasformándose.



Al año siguiente me confirmé en mi parroquia, y los sacramentos especialmente de la Eucaristía y Penitencia, afianzaron su compañía en mi camino mucho más asiduamente.

Cómo recuerdo el bien que me hizo la compañía del Padre Marcelino, con su paciencia y fidelidad en la confesión, mostrándome que el amor de Dios estaba por encima de mis pecados y dificultades. En cuántos momentos la fidelidad del amor de Dios celebrado en la Eucaristía sostuvo mi humilde ser. Cómo me evangelizó la vivencia de la amistad, cuánto aprendí lo bello que es amar al lado de los amigos y amigas que Dios me regaló.

Y en este fervorín de emociones, me tocó vivir COU. Y con ello afrontar el futuro de mi vocación, y al deseo de responder a ese amor de Dios se unió el miedo a dejar en sus manos mi vida, por lo que la presión venció, me deje llevar por los consejos de posponer la decisión, y empecé a estudiar químicas en la facultad.

Esta nueva decisión supuso una oportunidad para crecer, ya que Dios me siguió transformando por su amor, y el amor de tantos testigos suyos que puso en mi camino, que hicieron que su llamada a entregar la vida como respuesta a su amor, no dejara de resonar en mi corazón.

Pero también supuso un acomodarme, un buscarme más a mí mismo, haciendo yo los planes de mi vida, en lugar de dejar que Dios hiciera su plan de salvación en mi vida. Así os confieso tanto tiempo perdido, tantas relaciones no aprovechadas y vividas solo en superficialidad, tantos pecados que me separaron de Dios y de mis hermanos, haciendo angustioso a veces mi caminar, donde parecía imposible volver a experimentar ese amor de Dios.

En este marco recuerdo el primer día que decidí, en la tibieza de la vida, hablar con un sacerdote del seminario, para afrontar en el marco de la Iglesia, la respuesta de este amor de Dios, que en el fondo de mi corazón no dejaba de llamarme a responderle, ya que nadie había satisfecho mi deseo de felicidad como su amor.

Así afronté mi último año de carrera, en el que Dios me regaló experiencias inolvidables. Cómo me transformo el verano que pasé en Inglaterra, las amistades que allí me regaló Dios, y especialmente la que viví con Raquel, por la que Dios me mostró la posibilidad de vivir relaciones afectivas plenas en el camino al que él me llamaba.

Así que a pesar de que me asustaba el reto, me costaba abandonarme en manos de Dios y abandonar los proyectos que ya me había construido. Con la única certe-





za de esa mirada amorosa de Dios, decidí confiar en el que me había cautivado, ya que la corta experiencia de la vida que tenía, me había mostrado que era allí donde Dios hacía saltar mi corazón. Así pronuncie el “Sí” a la voluntad de Dios, más relevante de mi vida, ya que esta decisión te engloba en un camino determinado, para decir “Sí” a su voluntad todos los días, en las pequeñas decisiones de cada día. Buscaba así que Dios siguiera en mí su obra, respondiendo al deseo de felicidad, que él había puesto en mi corazón y al que solo su amor es capaz de satisfacer.

De mi vida en el seminario, comentaros que el Señor ha puesto gente que me ha ayudado a mirar mi historia con ojos nuevos, que me ha ayudado a poner con más certeza cada día mi vida en manos de Dios, para que él siga sorprendiéndome en lo cotidiano de la vida con su salvación.

De manera que la certeza que tengo es que el Señor camina a mi lado, va trasformando mi vida, va convirtiéndome de mis pecados, de los que no estoy libre, pero de los que cada día voy siendo más consciente del mal que me hacen, e intento con más fuerza abrirme a su Gracia, para que su amor me transforme cada día un poco más, en esa dinámica del amor que en Dios llega a plenitud.

Dios ha iluminado la realidad para que la pueda ver con ojos nuevos, haciendo como dice S. Pablo “tiempo favorable, día de salvación” lo cotidiano de mi vida diaria en la que buscamos, como dice la “ratio” (documento eclesial que reflexiona sobre la formación sacerdotal), crecer en la dimensión espiritual, intelectual, humana y pastoral, si bien es cierto que a veces con más o menos acierto, queriendo dejar que Dios ensanche mi corazón a la medida del corazón de Cristo Buen Pastor, que entregó la vida por nosotros sus ovejas, ya que es a él al que tenemos que remitir a todo hombre.

En esta tarea cotidiana reconozco el grandísimo bien que me hace compartir mi vida con sacerdotes, que me han hecho partícipes de su paternidad sacerdotal, en la que he crecido, y que son modelo para la paternidad que un día, si Dios quiere, espero en su nombre ejercer. Cuánto bien me hace participar de la dirección espiritual y del sacramento de la Penitencia, como lugares privilegiados para experimentar el amor de Dios. Cómo me sostiene la vivencia de la Eucaristía, como lugar en el que sostener la comunión con Dios y con la Iglesia. Comunión necesaria para que Dios siga haciendo de la historia del hombre Historia de Salvación, y que tantas veces esquivo porque me cuesta obedecer, me cuesta amar al que opina distinto y tantas cosa más que me cuestan y que Dios va purificando. También compartiros, el bien que me hace la fraternidad que Dios me ha regalado con hermanos/as míos, con los que me han hecho crecer hacia una afectividad madura,



capaz de disfrutar mucho más de lo sencillo de la vida, haciéndome participe del amor humano, como vehículo indispensable para participar del amor de Dios.

Por todo esto, quiero invitaros a vivir dejando que en vuestra vida se haga la voluntad de Dios, que es en lo que se resume la vocación que tenemos todos los cristianos a la santidad. Ya que la voluntad de Dios para nuestra vida, colma nuestro deseo de felicidad, que sólo en su amor es satisfecho, ya que como dice S. Agustín “Nos has hecho Señor para Ti y sólo descansaremos cuando descansemos en Ti”.

Terminaré ofreciándoos mi oración y encomendándome a la vuestra, para que el sueño de Dios para la vida de todos los hombres se cumpla en nosotros y en todos los hombres. Muchas gracias.

David López Corrales



16

TESTIMONIOS



DÍA DEL SEMINARIO 2007

“Sacerdotes, Testigos del Amor de Dios”